





EN LA OSCURIDAD

CLAUDIA GRAY

© & TM 2021 LUCASFILM LTD

www.starwars.com

Todos los derechos reservados.

Derechos exclusivos en español para México

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Título original: *The High Republic: Into the Dark*

Título en español: *The High Republic. En la oscuridad*

Textos: Claudia Gray

Traducido por: Marta García Madera

Primera edición en formato epub: junio de 2021

ISBN: 978-607-07-7668-7

Primera edición en México: junio de 2021

ISBN: 978-607-07-7644-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

STAR WARS THE HIGH REPUBLIC

La galaxia vive en paz, dominada por la gloriosa REPÚBLICA y protegida por los nobles y sabios CABALLEROS JEDI.

Como símbolo de todo lo bueno, la República está a punto de lanzar el FARO STARLIGHT a los confines del Borde Exterior. Esta nueva estación espacial servirá de rayo de esperanza para todos.

Pero mientras un renacimiento magnífico se propaga por la República, también lo hace un nuevo y aterrador adversario. Ahora, los guardianes de la paz y la justicia se deben enfrentar a una amenaza para sí mismos, la galaxia y la propia Fuerza...

STAR WARS

CRONOLOGÍA

LA ALTA
REPÚBLICA



LA CAÍDA
DE LOS JEDI



LA ERA
DEL IMPERIO



LA AMENAZA
FANTASMA

EL ATAQUE DE
LOS CLONES

LA GUERRA DE
LOS CLONES

LA VENGANZA
DE LOS SITH

THE BAD BATCH

SOLO:
UNA HISTORIA DE
STAR WARS

LA ERA DE
LA REBELIÓN



LA NUEVA
REPÚBLICA



LEVANTAMIENTO
DE LA PRIMERA
ORDEN



REBELS

ROGUE ONE:
UNA HISTORIA DE
STAR WARS

UNA NUEVA
ESPERANZA

EL IMPERIO
CONTRAATAACA

EL RETORNO
DEL JEDI

THE
MANDALORIAN

RESISTANCE

EL DESPERTAR
DE LA FUERZA

LOS ÚLTIMOS JEDI

EL ASCENSO DE
SKYWALKER



UNO

Reath Silas estaba a punto de dejar el Templo Jedi de Coruscant para su impresionante nueva misión en la frontera y se sentía muy desgraciado.

—¡Anímate! —insistió Kym, dándole palmaditas en el hombro que casi le hicieron derramar el contenido de la taza. Tenía la cara roja de emoción por la fiesta de despedida que se animaba a su alrededor—. ¡Estás a punto de vivir una aventura increíble!

—«Aventura» suele ser un eufemismo de «ir a sitios en los que hay muchos bichos» —dijo Reath—. Me refiero a que sé que los bichos tienen su lugar en la Fuerza y son seres vivos por derecho propio... pero eso no significa que los quiera en mis calcetines.

Kym se rio de él. Un par de serpentinas de colores que decoraban el área común de los padawan se habían quedado enganchadas en los lethorns de Kym.

—Eres consciente de que al menos la mitad de los aprendices de aquí harían casi cualquier cosa para que los destinaran a la frontera, ¿verdad?

Según Reath, «frontera» normalmente era un eufemismo para «mitad de ninguna parte», pero no tenía el valor de discutir con Kym más rato. Ya le costaba bastante fingir agradecimiento por la gran fiesta de despedida que le habían organizado sus amigos.

No. Estaba agradecido. Nunca podía ser malo saber que los demás se preocupaban por ti y que te extrañarían cuando te fueras. Pero Reath no estaba de humor para fiestas cuando lo único que sentía era melancolía y la certeza absoluta de que lo llevaban del mejor sitio de la galaxia a uno de los peores.

Coruscant era el centro de la galaxia conocida, de forma literal y figurada. Reath siempre había estado agradecido por haber sido enviado al templo, haber tenido el privilegio de crecer allí, de aprender directamente de los miembros del Consejo Jedi. Había seguido teniendo suerte al ser elegido como padawan de Jora Malli, una de las Jedi más famosas de la época y también miembro del Consejo. Eso significaba que Reath había servido en varias de las misiones más importantes de los últimos años. Lo que le faltaba en habilidad natural de la Fuerza (cosa de la que era muy consciente desde que era un niño muy pequeño) lo compensaba esforzándose, siendo digno de confianza y responsabilizándose de las cosas. La mayoría de los aprendices todavía esperaban conseguir cierta independencia cuando cumplían los veinte años. En cam-

bio, con solo diecisiete, a Reath ya le habían confiado tareas que su maestra decía que serían todo un reto incluso para un Jedi completo.

Pero, sobre todo, lo mejor era que ya había tenido acceso a los Archivos Jedi.

A Reath le encantaban los relatos. Le alucinaba la historia. Disfrutaba de investigar en registros, aprender lo que la gente pensaba, decía y hacía en tiempos inmemoriales. Mientras los demás padawan practicaban acrobacias o duelos con sables de luz, él se quedaba levantado hasta tarde con sus textos digitales.

Eso lo convertía en el bicho raro, casi siempre. En lugar de adaptarse, Reath se entregaba encantado a su afición por los libros. No entendía por qué tenía que pensar que el raro era él, más bien, lo raro era que ellos esperaran que todos los iniciados resultaran tener la misma personalidad. Cuando los buscadores iban a encontrar niños sensibles a la Fuerza, solo comprobaban si había una capacidad potencial. No cierto temperamento y, sin duda, tampoco preferencias concretas. Nadie preguntaba nunca a los iniciados: «¿Te gustaría convertirte en un caballero heroico y aventurero?». Tampoco: «¿Preferirías quedarte en casa y leer?». Algunos individuos, por muy valientes y capaces que fueran, preferían leer historias que vivirlas, y Reath era uno de ellos.

Hasta hacía poco, la Maestra Jora había sido muy comprensiva. Siempre había dicho que la Orden necesitaba académicos del mismo modo que necesitaba aventureros, y que normalmente había demasiados can-

didatos para el segundo grupo y no suficientes para el primero. Dijo que le parecía reconfortante que Reath fuera a contracorriente. Por eso los encargos que le daba siempre incluían mucho tiempo en los Archivos. Otros Jedi que estaban en Coruscant incluso habían empezado a dejar abierto un cubículo de estudio concreto con el entendimiento tácito de que era el sitio de Reath.

Y de repente, cuando nadie se lo esperaba, la Maestra Jora aceptaba una misión en medio de ninguna parte.

Reath había protestado. Con respeto, por supuesto. Había expresado sus sentimientos, pero no había servido para gran cosa. «Será sano para ti esforzarte», le había dicho la Maestra Jora con una sonrisa, «poner a prueba tus capacidades de otras formas».

Pero Reath se había puesto a prueba a sí mismo. Se había presionado para sobresalir en todos los campos, no solo en sus preferidos. ¿Quién estaba siempre cerca del primer puesto de las clasificaciones de duelos de sable de luz, clase padawan, pese a no gustarle demasiado los duelos? Reath Silas. ¿Quién había aprobado todos y cada uno de los exámenes, salvo aquella vez que le había dolido el estómago? También Reath. ¿Quién era el único aprendiz en décadas que dominaba las prácticas de meditación gatalentanas antes de cumplir los veinte años?

«Eres presa de la vanidad», se recordó Reath a sí mismo. «Estar demasiado orgulloso de uno mismo es la prueba de que dicha arrogancia está injustificada».

No era que todo eso fuera idea de su maestra. Después de las protestas de Reath, ella lo había admitido: la Maestra Jora había sido seleccionada por sus iguales para dirigir la Misión Jedi en aquel borde nuevo de la frontera. Iba a ser la maestra Jedi encargada del Faro Starlight, que iba a estar en pleno funcionamiento cualquier día y que serviría de fuente de unidad y lealtad a través del sector más nuevo de la República. Su maestra merecía todos los honores que se le pudieran conceder y cualquier deber que ella eligiera. La Maestra Jora habría rechazado la misión si no la quisiera. Estaba claro que sí la quería. Y allí donde iba el maestro, el aprendiz lo seguía.

La Maestra Jora se había ido a Starlight hacía semanas, él iría más tarde para acabar los exámenes del curso de historiografía. Pero habían acabado. La etapa de Reath en Coruscant había llegado a su fin.

(Se le pasó por la cabeza suspender algo a propósito, pero fue incapaz de hacerlo).

«¿Por qué no puede un Jedi cruzar el Arco Kyber solo?», se preguntó por enésima vez. Reath quería tener una respuesta lista para la Maestra Jora cuando él llegara a Starlight. Como estaba preparando los exámenes, no tenía mucho tiempo para meditar sobre aquella cuestión. Fue a estudiar el arco en sí, esperando que se le prendiera el foco, pero lo que ocurrió fue que vio a un Jedi cruzar el arco solo y sin ninguna dificultad aparente. Pero sabía que, aunque se lo contara a la Maestra Jora, no conseguiría nada.

Reath tenía una misión. Había llegado la hora de concentrarse en ella. Así que le dijo a Kym:

—No debería quejarme por tener esta misión. Ni por cualquier otra, nunca.

Kym logró encogerse de hombros y bailar al ritmo de la música a la vez.

—Oye. No todo el mundo está igual de preparado para aceptar cualquier misión. Por eso se llaman «misiones» en vez de, no sé, «oportunidades de voluntariado».

—Afronto esto como si solo fuera un trabajo. —Reath estaba hablando tanto consigo mismo como con Kym—. Ser Jedi es una vocación. Estamos bendecidos con estas capacidades (estos dones) que estamos destinados a utilizar para el bien de todos los seres vivos. Eso es tan cierto en la frontera como aquí en Coruscant.

Pero no sentía que fuera igual de cierto.

—Gracias por el sermón Maestro Yoda. —respondió Kym, poniendo los ojos en blanco—. Ahora, ¿vas a relajarte y divertirme un poco?

Reath lo intentó. Estaba bien ver a todo el mundo otra vez. (Algunos aprendices ya se habían ido y él estaba deseando volver a ver a Imri, sobre todo. Y Vernestra había conseguido ya el título de Caballero, algo increíble, porque así podría enseñarles cómo iba todo en Starlight). El grupo de música formado por unos cuantos aprendices aficionados había ensayado solo una vez, y sonaba bastante bien. Reath sonrió, bailó y tomó ciertas bebidas que no estaban técnicamente prohibidas, pero

que se desaprobaban para los padawan de su edad. Un pequeño exceso no era necesariamente malo, según había dicho su maestra. Aquellas celebraciones se podían aceptar cuando hacían que las personas se juntaran en comunión y armonía.

Pero su mirada seguía yendo hacia la amplia ventana de la sala. A través de su gran mirador transparente podía ver el torbellino vibrante de Coruscant: naves y speeders volando a varias alturas y ángulos, capiteles de edificios, pasarelas tan numerosas que se entrecruzaban como una telaraña. Desde que tenía uso de razón, a Reath le encantaba aquella energía, la sensación de que la propia galaxia tenía un corazón que palpitaba y que él podía notar su pulso a su alrededor, un día tras otro.

—Mira en tu interior, mi padawan —le había dicho la Maestra Jora cuando Reath intentó contárselo—. Simplemente te niegas a dejar el único hogar que has conocido.

Eso no era todo... pero era una parte. Aunque fuera una parte pequeña. Saberlo no cambiaba nada. Reath quería estar allí y en ningún otro sitio.

Su crono hizo bip bip. Le dio un vuelco el corazón. Había llegado la hora de dejar la fiesta, los Archivos, el Templo, el planeta y, de hecho, la civilización en sí.



Reath tardó bastante en poner punto final a las cariñosas despedidas de sus amigos, lo que provocó que llegara

tarde al puerto espacial. Entró corriendo, con la bolsa colgándole cruzada en la espalda, solo unos minutos antes de la hora prevista para la salida. Sin embargo, parecía ser la primera persona que llegaba al puerto designado. No había llegado ningún otro Jedi, ni la nave en sí.

¿Tenía el número de puerto equivocado? Reath ya lo estaba comprobando frenéticamente cuando oyó una voz que reconoció:

—¡Esperaba verte por aquí!

Reath volteó y vio a un joven caballero Jedi, Dez Rydan. Iba hacia él dando grandes zancadas y llevaba una bolsa en el hombro con su ropa de viaje. No parecía que hubiera ido al puerto espacial para despedirse de Reath.

—¿Dez? ¿Qué haces aquí?

Dez sonrió y dijo:

—Se ve que vamos a la frontera en la misma nave.

—No sabía que te hubieran destinado allí —contestó Reath. Un joven caballero tan ilustre como Dez podía ir a cualquier sitio que quisiera.

—Acabo de llegar. —Dez se encogió de hombros—. De hecho, pedí esta misión hace solo unos días. Qué suerte que me la aprobaran a tiempo, ¿verdad?

Reath asintió. Era más fácil y más diplomático que decir: «¿Por qué alguien en su sano juicio quiere dejar la galaxia conocida para ir a sus confines? ¡Y encima cuando uno es Dez Rydan!».

Probablemente tuviera que ver con lo que la Maestra Jora había dicho, que a su segundo padawan no le

gustaban lo suficiente las aventuras mientras que el primero las deseaba demasiado.

Dez había sido aprendiz de la Maestra Jora Malli antes de Reath. A veces los caballeros más jóvenes se convertían en mentores y amigos íntimos de los aprendices de sus antiguos maestros. Reath y Dez no tenían una relación tan estrecha porque las misiones de Dez lo llevaban a puntos alejados de la galaxia, pero eran amigos y habían practicado duelos juntos. Reath había sido la envidia de muchos padawan, varios de los cuales habían elegido a Dez como modelo a seguir.

Pese a la inclinación más académica de Reath, admiraba a Dez tanto como los demás porque era guapo, resuelto, alto, de piel dorada y pelo grueso y moreno y hacía amigos con facilidad. A pesar de haber superado las pruebas de caballero solo ocho años atrás, ya había destacado tanto en diplomacia como en lucha.

—¿Dónde está el transporte? —dijo Reath, que veía borroso por lo que había bebido y deseaba que Dez no notara su estado. (No esperaba que le diera un sermón, de cualquier modo. Reath sabía de buena mano que la Maestra Jora había sorprendido una vez a Dez después de que hubiera consumido muchas más bebidas en una fiesta y que no dejó que se fuera bien librado hasta haber superado las pruebas de caballero).

Si Dez notó realmente el estado de Reath, no vio ninguna razón para señalarlo.

—Se ve que nuestro transporte original tiene un subalternador quemado —dijo Dez—. Por lógica, no

se puede hacer gran cosa. Dicen que nos han conseguido un sustituto, pero incluso este llega tarde.

—¿Y si no aparece? —preguntó Reath, medio esperando que la respuesta fuera «Te dan una misión totalmente nueva y empiezas desde cero».

Dez se encogió de hombros.

—Encontraremos otra nave. Seguro que alguien va hacia allí dentro de un día o dos.

—¿Un día o dos? Olvídalo. —Orla Jareni cruzó los brazos sobre el pecho mientras se apoyaba en una de las barras que había allí cerca. Era como si hubiera surgido de repente, casi luminosa frente al mundanal gris oscuro del puerto espacial. Reath y Dez llevaban ropa de misión común, mientras que ella vestía ropa blanca que era exclusiva suya.

»Estoy lista para salir ahí fuera. Confíen en mí, hay al menos una nave en este puerto espacial que quiere nuestro dinero lo suficiente como para llevarnos a través de Las Fauces, si es necesario.

Reath solo conocía a Orla Jareni por su fama, por una fama memorable. Hacía poco que Orla había declarado que era una Jedi Disidente. Es decir, una Jedi que operaría de forma independiente respecto a los dictados del Consejo Jedi. Algunos Jedi en ocasiones se sentían atraídos por un periodo de acción solitaria, ya fuera meditar en el pico de una montaña, ayudar a los revolucionarios en un mundo dominado por tiranos o, incluso, en un caso legendario, convertirse en una pequeña sensación de la música en Alderaan. Todos los caminos podían conducir a una

comprensión más profunda de la Fuerza, según había oído Reath. Personalmente, no lo creía. De todas formas, si el Consejo Jedi respetaba la decisión de Orla, él también lo haría. Parecía que ella sintiera que aquel camino conducía a la frontera.

El aspecto de Orla era tan sorprendentemente personal como sus decisiones. Era umbarana, con la piel pálida y los pómulos elevados típicos de esa especie. Su ropa blanca estaba tan inmaculada que hacía que la piel pareciera tener algún color. El pelo, recogido en un suave moño, era de un tono plateado casi tan oscuro como el color negro. Todo en Orla era angular, desde las uniones de su sable de luz de doble hoja hasta las comisuras de su sonrisa astuta.

Y precisamente sonreía a Reath en aquel momento porque lo había sorprendido mirándola fijamente. Reath bajó la cabeza, esperando no haberse puesto rojo.

—Yo no estaría tan seguro —dijo el Maestro Cohmac Vitus mientras se acercaba hasta el grupo. Su voz resonaba bajo la capucha de la túnica dorada, que hacía que cada palabra sonara como la sentencia grave de un juez—. Apenas hay tráfico comercial hacia Starlight, al menos por ahora.

Reath no conocía bien al Maestro Cohmac, aunque le habría gustado. Aquel hombre humano era reconocido como erudito y como místico. Parecía tener notas a pie de página en la mitad de los libros que leía Reath, en temas tan dispares como antiguos rituales de la Fuerza y alta negociación de crisis de rehenes.

Nada de aquello explicaba del todo el aura mística que tenía. El Maestro Cohmac tenía una altura media para un humano o casi humano de sexo masculino, pero parecía más alto debido a su complexión esbelta y angular, el pelo grueso y negro que le llegaba casi a los hombros y la solemnidad de su presencia.

Hasta hacía poco tiempo, Reath veía muchas veces al Maestro Cohmac en los Archivos. Se pasaba horas sentado cerca de él mientras ambos se sumergían en un holocrón tras otro. ¿Por qué habría solicitado el Maestro Cohmac un destino alejado en la frontera? De repente se le ocurrió una idea: «Ah, claro, es que también es folklorista. Probablemente vaya a recopilar historias y leyendas locales».

Reath se preguntó si aquello podría ser peligroso para el Maestro Cohmac, que era conocido por ser muy sensible a la Fuerza. Ir a un sitio tan salvaje seguro que los expondría a todos a influencias que ninguno de ellos había imaginado nunca.

Solo en aquel momento Reath se dio cuenta de que Orla Jareni y Cohmac Vitus caminaban el uno hacia el otro, mirándose a los ojos, con medias sonrisas en la cara.

—Vaya, habría jurado que una vez te oí decir que nunca volverías a esta parte de la galaxia —dijo Orla.

—No importa lo lejos que corramos, ni en qué dirección lo hagamos —respondió el Maestro Cohmac—. Al final, siempre volvemos al principio.

Orla asintió despacio.

—Sí. Ha llegado el momento de que cierre el círculo. ¿Qué significaba eso? Reath y Dez se miraron,

lo que sugería que a los dos les picaba la curiosidad, pero que ninguno estaba dispuesto a entrometerse en sus asuntos.

En aquel momento, la atención de Reath (y de todos los demás) se desvió por una nave que volaba a través del puerto espacial, a poca altura, y que aterrizó precisamente en la plataforma en la que debería haber estado su transporte. Era algo fuera de lo normal, al menos para Reath: tenía un recubrimiento azul oscuro, y su cabina y sus motores eran tan redondos que parecían bulbosos. Habría sido construida mucho tiempo atrás o bien los seres que la hicieron no se molestaron en incorporar los avances tecnológicos, cosa que resultaba inquietante. Mientras se colocaba en la plataforma, todos los Jedi se miraron.

—Parece más una nave de transporte que una de pasajeros —dijo el Maestro Cohmac.

—¿Y qué? Puede llegar al hiperespacio, ¿no? —Dez sonreía mientras el aire desplazado les revolvía el pelo y las túnicas con un silbido.

Reath frunció el ceño.

—¿Quizá?

En cuanto la nave aterrizó en la plataforma con un fuerte chasquido metálico, se abrió la escotilla y salió una chica. Posiblemente sería de la edad de Reath, no tendría más de un año o dos que él. Tenía la piel morena y el pelo largo y castaño, que llevaba suelto. Vestía un overol normal de piloto, extraordinariamente limpio y planchado, del mismo peculiar tono de azul

que la nave. En la manga tenía cosido un escudo con forma de estrella de color naranja oscuro. Se puso las manos en las caderas. Los miró de arriba abajo. Por lo visto se llevó un chasco.

—¿Son los pasajeros que van a Starlight? Pensaba que íbamos a recoger a un grupo de monjes o algo así. Ustedes parecen... normales.

—Somos tus pasajeros y se podría decir que somos una clase de monjes —dijo el Maestro Cohmac sin ninguna señal de sorpresa y solo una ligera pausa antes de preguntar—: ¿Piloteas tú?

Ella sonrió y señaló la puerta con el pulgar.

—Claro que no. Yo soy la copiloto, Affie Hollow. El piloto es él.

Una copiloto adolescente parecía discutible para Reath, pero cuando miró hacia donde estaba señalando la chica, aquellas dudas desaparecieron y fueron sustituidas por otras más urgentes, como: «¿Ese hombre lleva la camisa abierta hasta la cintura? ¿Está abriendo los brazos hacia nosotros como si quisiera un abrazo de grupo? ¿Quiere un abrazo de grupo? ¿Ha tomado especias?

«No, ¿cuántas especias ha tomado?».

—Gente preciosa —dijo el piloto, con un acento lacónico y una sonrisa de oreja a oreja—. Soy Leox Gyasi y les doy una solemne bienvenida a la nave.

Hubo una breve pausa, que hizo que Reath se sintiera mejor; incluso los Jedi experimentados no estaban completamente seguros de cómo dirigirse a aquel hombre. Al final, Dez dio un paso adelante con su encanto habitual.